

**HERNÁN BRIENZA**

# **EL OTRO 17**

**DE LA RESISTENCIA A LA VICTORIA  
LA HISTORIA DEL REGRESO DE PERÓN**

**ci** Capital intelectual

Brienza, Hernán  
El otro 17. De la resistencia a la victoria. La historia del regreso de Perón  
1a ed., Buenos Aires, Capital Intelectual, 2012  
248 p., 21x15 cm.  
ISBN 978-987-614-393-6  
1. Historia Política Argentina. 2. Peronismo.  
CDD 320.982

Edición: Daniel González

Diseño de tapa: Verónica Feinmann

Investigación periodística: Claudia Dubkin

Imágenes y archivo: Viviana Cerrutti

Corrección: Laura Kaganas

Foto de tapa: Gentileza AGN/Archivo Nacional de la Memoria

Coordinación: Inés Barba

Producción: Norberto Natale

Imágenes gentilmente cedidas por el Instituto Nacional "Juan D. Perón" de Investigaciones Históricas, Sociales y Políticas y el Archivo General de la Nación, para su publicación exclusiva en este libro. Su reproducción total o parcial requiere autorización previa.

© Hernán Brienza, 2012

© Capital Intelectual, 2012

1ª edición: 5000 ejemplares • Impreso en Argentina

Capital Intelectual S.A.

Paraguay 1535 (1061) • Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+54 11) 4872-1300 • Telefax: (+54 11) 4872-1329

www.editorialcapin.com.ar • info@capin.com.ar

Pedidos en Argentina: pedidos@capin.com.ar

Pedidos desde el exterior: exterior@capin.com.ar

Queda hecho el depósito que prevé la Ley 11723. Impreso en Argentina.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida sin permiso escrito del editor.

# I

La puerta se abrió lentamente. El avión chárter de Alitalia acababa de acomodarse en la pista de Ezeiza bajo un cielo plomizo y una tenue llovizna. Era una mañana fría de noviembre. Pero, a pesar de las condiciones climáticas, esa jornada se convertiría en un verdadero día peronista. Para ser más exactos: el día de la victoria peronista frente al intento del liberalismo conservador y su brazo armado de borrarlo por completo de la historia argentina.

Apenas pasadas las 11 y cuarto, de la boca del avión emergió la figura inconfundible de Juan Domingo Perón. Vestido con un traje oscuro, una camisa blanca y un sobretodo, comenzó a bajar la escalerilla. Miró a José Ignacio Rucci y a Juan Manuel Abal Medina, que lo esperaban al pie, y pronunció, escueto y con su voz inconfundible:

—Señores, finalmente...

—¡General! ¡General! —gritó exaltado el poderoso jefe de la CGT.

—Bienvenido, General —saludó, circunspecto, Abal Medina.

Perón descendió unos escalones y ya en suelo argentino -después de 17 años y 52 días de exilio, al que fue sometido tras el golpe de Estado del 16 de septiembre de 1955- intercambió un par de frases con Abal Medina:

—Estoy un poco cansado, el viaje fue agotador —anunció el viejo conductor del Movimiento.

—Ahora podrá descansar, General. Está todo muy tranquilo...

—¿Cómo está la gente? ¿Hubo incidentes? ¿Hay heridos? —preguntó Perón preocupado.

—No tenemos registrados incidentes...

—Mejor así —respondió el General, y le hizo una seña para que se acercara. Bajó la voz y le anunció— Sepa, Juan Manuel, por cualquier cosa que pueda ocurrir, que estoy calzado... Pero ya está, hemos llegado. Que la gente se vaya tranquila, que no insistan en venir acá, dígalos por alguna radio...

Perón e Isabel se dirigieron al primer auto de la caravana y José López Rega llegó a los saltos para subirse a ese y no a otro vehículo. La policía intentó interponer un par de motos detrás del coche del

General y se produjo un pequeño enfrentamiento verbal, hasta que los uniformados cedieron y permitieron que el primer coche fuera escoltado por gente confiable. El miedo, claro, era que la dictadura lanussista hiciera un último intento por evitar el reencuentro de Perón y su pueblo, ya fuera con una detención o, incluso llegaban a temer algunos, con la propia muerte del líder.

Los automóviles recorrieron la pista y Perón decidió frenar para saludar a los 300 militantes que habían logrado entrar en Ezeiza como parte del comité de bienvenida. Rucci bajó corriendo del coche y abrió el paraguas sobre la cabeza del General, quien levantó los dos brazos haciendo su típico saludo. La escena quedó inmortalizada en todas las fotos periodísticas de la época. Allí estaban Héctor Cámpora, Jorge Osinde, encargado del operativo de seguridad, López Rega y Abal Medina. Perón sonreía.

Abal Medina, en cambio, el joven secretario general del Movimiento Nacional Peronista, se llevó, ensimismado, una mano a la pera. No era un personaje más en la escena. ¿Qué estaba pensando en ese momento? En su hermano Fernando, dirá años después. En el jovencísimo Fernando, fundador de la organización Montoneros, protagonista del Aramburazo, y asesinado por la policía el 7 de septiembre de 1970. Recordaba a ese muchacho que

había sido una pieza clave para que el regreso del viejo líder pudiera hacerse efectivo. Perón lo sacudió de su recuerdo:

—¿Por qué dejaron pasar solo a ellos?

—Es lo que acordamos con Lanusse, General —explicó Abal Medina.

—General, sería prudente que usted no esté bajo agua —terció Cámpora, ya que el clima se había vuelto ventoso y frío.

Perón asintió, subió al automóvil y se dirigió al Hotel Internacional de Ezeiza. Cuando llegó, bajó rápidamente y anunció: “Señores, estoy un poco cansado. Voy a descansar un rato”. El General se metió en su habitación y cerró la puerta. El peronismo había vencido, tras 17 años de represión, de persecuciones, de proscripciones y de sufrimientos. Perón había regresado a su país. En las calles y en sus casas, el pueblo peronista festejaba su victoria.

## II

Como el nazismo con su Legión Cóndor contra la ciudad de Guernica, como los aliados contra Dresde, como Estados Unidos contra Nagasaki e Hiroshima -todos crímenes de guerra cometidos por la aviación militar contra poblaciones civiles-, 34 aviones de la Marina de Guerra argentina consumaron la brutal acción de bombardear a civiles desarmados en la Plaza de Mayo. La gran diferencia consistía en que era la primera vez que una fuerza aérea masacraba a su propio pueblo. La intención, según ellos, era “matar a Perón”. Sin embargo, ese mediodía nublado y frío del 16 de junio de 1955, asesinaron a más de 300 personas y dejaron a más de 700 heridas y mutiladas.

Tres meses después de esa cobarde masacre, el 16 de septiembre, finalmente, un levantamiento militar iniciado en la ciudad de Córdoba logró que, cinco días después, Perón renunciara a la Presidencia de la Nación. Se iniciaba de esa manera un larguísimo exilio del líder y una represión constante y sostenida sobre el pueblo peronista que se extendería por varios años y que no traería más que violencia, rencor, confusión y muerte. Fueron 17 años de proscripciones, de persecuciones, de asesinatos, de dictaduras ineficientes bajo el signo del libera-

lismo conservador, y de gobiernos cuasidemocráticos fallidos. Fueron 17 años de imposibilidades para la Argentina y los argentinos.

Durante ese lapso –en que Perón fue obligado al destierro y el pueblo peronista fue sometido a la inexistencia pública primero, y a los intentos de domesticación después– se sucedieron muchas estrategias de supervivencia diferentes por parte de un movimiento político que no tenía ninguna intención de desaparecer de la historia argentina: a) la mítica Resistencia de los primeros años –entre 1955 y 1961–, que coincidió con la presencia de John William Cooke como delegado personal del conductor, la represión de la (autodenominada) Revolución Libertadora o Fusiladora (como la bautizó el peronismo por los asesinatos de militares y civiles en junio de 1956) y las huelgas del frigorífico Lisandro de la Torre, en el barrio porteño de Mataderos; b) un segundo momento de intento de conciliación, que tuvo un antecedente en el acuerdo Perón-Frondizi y alcanzó mayor vigencia con las experiencias del neoperonismo en las elecciones de 1962 y 1965; y c) el momento del regreso imposible, que unió el regreso frustrado del general Perón en diciembre de 1964, se endureció tras el golpe militar de 1966, y se prolongó hasta mediados de 1972, cuando el Regreso se convirtió en una realidad efectiva.



Mucho se ha discutido en las últimas décadas sobre esos años en los que el peronismo estuvo proscrito. El politólogo Guillermo O'Donnell lo ha definido, en términos de la Teoría de los Juegos, como “el juego imposible”. El esquema es el siguiente: el juego consiste en intentar una salida institucional proscribiendo al peronismo, que cuenta con la mayoría de los votos de la sociedad. Entre las reglas se encuentra la prohibición de que los peronistas ganen las elecciones, y si las ganan, que puedan ocupar sus cargos; el partido gobernante debe tomar todas las medidas para que el peronismo no pueda ganar las próximas elecciones; los partidos menores que formen alianzas con él serán considerados fachadas del peronismo. El árbitro del juego es el poder militar, que derrocará al gobierno de turno si: a) ejecuta políticas socioeconómicas que satisfagan las demandas y preferencias del mercado peronista, o b) cambia las reglas del juego y permite triunfar a los peronistas. Los peronistas solo pueden votar en blanco o a partidos permitidos por el árbitro.

La imposibilidad del juego se produjo porque el peronismo contaba con la mayoría de los votos necesaria para ganar las elecciones, entonces la dinámica política de los jugadores fue intentar pactar con Perón en el exilio para seducir a esa mayoría. Cuando eso se

logró, como en el caso de Arturo Frondizi, la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI, su partido) se vio obligada a traicionar al peronismo porque el partido militar jaqueó al gobierno con sus planteos y, finalmente, lo derrocó. Si no se producía esa coalición, el gobierno elegido exhibía una deslegitimidad de origen que lo hacía poco sustentable, como en el caso del radical Arturo Umberto Illia. Cuando se abrió el juego a participantes peronistas, estos obtuvieron victorias electorales, como en los años 1962 y 1965, y el partido militar no tuvo más opción que anular las elecciones o, directamente, dar un golpe de Estado, como sucedió en 1966.

Pero más allá de las definiciones teóricas, el proceso que fue de 1955 a 1972 marcó la imposibilidad de cualquier sistema político de negar el derecho de las mayorías a elegir su propio gobierno. Ni la brutal represión antiperonista de la dictadura de Pedro Eugenio Aramburu e Isaac Rojas, ni las maniobras pseudodemocráticas de los gobiernos de Frondizi e Illia, ni el empecinamiento del Onganiato pudieron contener la voluntad de las mayorías por elegir en términos democráticos a su reconocido conductor como presidente de la Nación. Sin embargo, en el período 1964-1966 se produjo una ruptura absoluta en la relación entre el justicialismo y el régimen político que se definía por su ADN antiperonista.

El primer eslabón de esa ruptura fue el fracaso del Operativo Retorno, es decir, el intento de Perón por volver a la Argentina a fines de 1964. El 2 de diciembre el avión en el que volaba a Buenos Aires fue detenido en Río de Janeiro y el líder fue reembarcado rumbo a España por fuerzas militares brasileñas a pedido del canciller de Illia, Miguel Ángel Zavala Ortiz. Viajaba junto con el General un grupo de dirigentes encabezados por el empresario Jorge Antonio, el poderoso secretario de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) Augusto Vandor y la referente de la rama femenina Delia Parodi. Ese episodio terminó de demostrar, tanto a Perón como a los demás dirigentes y militantes del movimiento nacional y popular, que el regreso del conductor a la patria estaba más lejano de lo que se creía. Y, obviamente, tal certeza obligaba a replantear la estrategia.

El segundo hecho fue el golpe de Estado del 28 de junio de 1966 contra el presidente Illia. Si bien en un primer momento el general golpista Juan Carlos Onganía despertó algún tipo de curiosidad en muchos peronistas que vieron en su condición de “azul” –el ala más moderada, institucionalista y menos antiperonista del conflicto militar interno que enfrentaba a los “azules” y los “colorados”– y en la declaración de principios de la llamada Revolución Argentina una posibilidad de acompañar polí-

ticas de corte nacional que pudiera llevar adelante el nuevo gobierno, la presencia de Vandor y otros dirigentes sindicales en la asunción de las flamantes autoridades marcaba un nuevo estándar: colaboracionismo con el régimen de un gran sector del gremialismo y un alejamiento de las estrategias del conductor exiliado en Madrid.

Perón pronunció entonces una frase enigmática. Con su tono campechano, dijo: “Hay que desensillar hasta que aclare”. Y fue entendido por muchos como un permiso para cerrar algún tipo de compromiso con el nuevo gobierno. Sin embargo, con la designación de Adalberto Krieger Vasena como ministro de Economía, la situación se hizo más nítida: se trataba de un redoble del liberalismo conservador.

Krieger Vasena revocó las medidas de nacionalización de la administración Illia –los contratos petroleros y el control de capitales– e intentó contener la inflación con las medidas típicas: congelamiento de salarios y devaluación de un 40 por ciento de la moneda nacional. No obstante, en otros rubros mantuvo unos puntos de heterodoxia, como el aumento de obra pública como sostenimiento de la actividad industrial y las retenciones a las exportaciones del sector agrícola. Onganía, por su parte, advirtió que el “tiempo económico” era primordial respecto del “tiempo social y político”, y de inmediato realizó dos

acciones contradictorias: la Ley de Obras Sociales, que beneficiaba a los gremios otorgándoles gran parte del sistema de salud argentino –un rubro que movía cifras millonarias– y la represión en las universidades, el 28 de julio de 1966, en lo que se conoció como la Noche de los Bastones Largos. Ese día la policía ingresó violentamente en las facultades de Ciencias Exactas y Naturales y de Filosofía y Letras de la UBA, destruyó laboratorios y bibliotecas, y detuvo a más de 400 personas. Fue el punto de partida de la “fuga de cerebros” que vació las aulas de parte de la intelectualidad académica argentina.

Una vez desatada la tormenta sobre el panorama político local, Perón comenzó a elaborar estrategias desde Madrid. El General tomó conciencia de que con el peronismo solo no sería suficiente para concretar su retorno a la patria. Estaba convencido de que los sistemas políticos autoritarios como el de Onganía terminarían estallando tanto en la Argentina como en Europa. Crítico de situaciones como la Noche de los Bastones Largos, por ejemplo, quienes lo conocieron aseguran que leía a los nuevos filósofos y se daba cuenta de que tarde o temprano nacería algo nuevo, porque las juventudes estaban planteando desafíos diferentes a la política tradicional. Por eso, decidió abrir la convocatoria a los sectores juveniles, universitarios y al sindicalismo alternativo.

Ahora bien, ¿qué significa la célebre frase “hay que desensillar hasta que aclare”? Perón se encontraba en un lugar político muy incómodo: el Ejército había desplegado todo su poder y, además, el principal aparato sindical propio se había puesto a las órdenes del nuevo régimen. No era una situación fácil y había que esperar para poder actuar. El conductor pensaba que si Onganía no se equivocaba mucho, podía funcionar, pero con la Noche de los Bastones Largos le quedó clara la locura que significaba esa dictadura. Pero tampoco tenía mucho margen de maniobra. El sindicalismo vandorista estaba cooptado y el peronismo había perdido la iniciativa política.

La década del sesenta llegaba a su fin. Terminaban los años de los Beatles, del Instituto Di Tella, de Mafalda, de *El Club del Clan*. El rock nacional despuntaba el vicio, y en París, en Praga, en México, en Córdoba, estudiantes y obreros “primaverizaban” los distintos sistemas políticos tradicionales. El cristianismo protagonizaba la conmocionante reforma del Concilio Vaticano II y en América Latina iniciaba su transformación. Las experiencias de *Cristianismo y Revolución*, de Juan García Elorrio, el nacimiento de la Teología de la Liberación y del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) parecían torcer el brazo a los sectores más conservadores de la Iglesia.

River seguía sin poder ganar un campeonato local, Boca vivía su época dorada y Racing, con ese gol tantas veces repetido del Chango Cárdenas, se convertía en el primer club argentino campeón del mundo. Nicolino Locche esquivaba los golpes de sus adversarios en el cuadrilátero y Ringo Bonavena se medía con el gran Joe Frazier en el Madison Square Garden. Julio Sosa prepoteaba tango por televisión y Astor Piazzolla daba vueltas y vueltas al dos por cuatro. Troilo seguía llegando con su bandoneón y Amelita Baltar estrenaba *Balada para un loco*, de Piazzolla y Horacio Ferrer. Julio Cortázar alcanzaba el cielo con *Rayuela*, Ernesto Sabato brillaba con *Sobre héroes y tumbas*, Leopoldo Marechal seguía siendo el “poeta depuesto” y Jorge Luis Borges se convertía en el escritor oficial de la Argentina desperonizada. Eduardo Falú hacía magia con su guitarra, Jorge Cafrune comenzaba a cantar bajito, y el Cuchi Leguizamón convertía en zambas a la provincia de Salta.

La imposibilidad de hacer política llevaba a los jóvenes peronistas a buscar otras formas de participación. Mientras Eduardo Luis Duhalde y Rodolfo Ortega Peña revisaban el revisionismo en clave marxista junto con Jorge Abelardo Ramos y Rodolfo Puiggrós, el gráfico Raimundo Ongaro formaba la CGT de los Argentinos, y en Córdoba, los sectores más duros del sindicalismo peronista se reunían alrededor de la figura de Atilio

López. Y por debajo de la superficie ya se estaban gestando las organizaciones político-militares como Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), entre otras.

Pero sin duda, el hecho que se llevó puesto a la década del sesenta fue el Cordobazo. El 29 de mayo de 1969, la ciudad de Córdoba –una de las más industrializadas del país– amaneció revuelta. Obreros y estudiantes universitarios se lanzaron a las calles en protesta por la medida del gobierno cordobés de suprimir el “sábado inglés” –media jornada laboral– y la convirtieron en una ciudad tomada. Los sindicatos de izquierda clasista SITRAC-SITRAM (Sindicato de Trabajadores de Concord y Sindicato de Trabajadores de Materfer), de la empresa automotriz Fiat, exigían, además, la ruptura con el Fondo Monetario Internacional (FMI), la expropiación de los monopolios, la suspensión del pago de la deuda externa, el fin de la hegemonía de la burocracia sindical y que el control de las fábricas estuviera en manos de los obreros.

Los universitarios se sumaron al movimiento, agrupados en torno al Integralismo (de origen cristiano, donde se formarían muchos de los cuadros de la Juventud Peronista); el Movimiento de Orientación Reformista (MOR), brazo universitario del Partido Comunista; el Movimiento Universitario de Reformismo Auténtico



(MURA), antecedente de la Franja Morada; el Movimiento Nacional Reformista (MNR), influenciado por el Partido Socialista Popular; y la Agrupación Universitaria Nacional (AUN), del Partido Socialista de la Izquierda Nacional. Otras corrientes políticas de izquierda identificadas con el clasismo, como la Tendencia Universitaria Popular Antiimperialista y Combativa (TUPAC), ligada a Vanguardia Comunista; el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI), vinculado al Partido Comunista Revolucionario; y la Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista (TERS), de Política Obrera, no participaron en esta ocasión porque desconfiaban de la dirigencia de la CGT.

El movimiento estudiantil venía fogueándose desde las huelgas universitarias del año 66 que enfrentaban la intervención militar en los claustros. Y la radicalización de las posturas iba de la mano de la influencia de la Revolución Cubana y la ebullición juvenil en distintos puntos del planeta. En las semanas previas al Cordobazo, se habían reiterado importantes movilizaciones estudiantiles (Corrientes y Rosario, por ejemplo), y en la ciudad de Córdoba se multiplicaban las asambleas.

Pero volvamos a las calles. Media hora después del mediodía de ese 29 de mayo, la represión policial produjo la primera muerte. Se trataba de Máximo Mena, un joven obrero radical, cuya muerte despertó la furia

incontenible de los sectores populares, que se adueñaron de la ciudad formando barricadas y respondiendo a la violencia de la dictadura. La multitud tomó el Círculo de Suboficiales del Ejército, incendió las oficinas de varias firmas extranjeras, otras oficinas administrativas y la Aduana. Los protagonistas gremiales del Cordobazo fueron Agustín Tosco, dirigente obrero de Luz y Fuerza; René Salamanca, miembro del PCR y secretario general de SMATA Córdoba; Elpidio Torres, también de SMATA; José Francisco Páez, y el Negro Atilio López, dirigente de la UTA.

En el diario de la CGT de los Argentinos, Rodolfo Walsh escribió: “El 29 de mayo amanece tenso. Los trabajadores de Luz y Fuerza son atacados con bombas de gases a la altura de Rioja y General Paz. Una vez más la represión está en marcha. Las columnas de los trabajadores de las fábricas automotrices llegan a la ciudad y son atacados. El comercio cierra sus puertas y la gente inunda las calles. Corre la noticia de la muerte de Máximo Mena, obrero mecánico. Se produce un estallido popular, la rebeldía contra tanta injusticia, contra los asesinatos, contra los atropellos. La policía retrocede. Nadie controla la situación. Es el pueblo. Son las bases sindicales y estudiantiles que luchan enardecidas. El apoyo total de la población. Es la toma de conciencia contra tantas prohibiciones. Nada de tutelados ni usurpadores del poder, ni de

cómplices participacionistas. El saldo de la batalla de Córdoba, el Cordobazo, es trágico. Decenas de muertos, cientos de heridos. Pero la dignidad y el coraje de un pueblo florecen y marcan una página histórica argentina y latinoamericana que no se borrará jamás. En medio de esa lucha por la justicia, la libertad y el imperio de la voluntad del pueblo, sepamos unirnos para construir una sociedad más justa, donde el hombre no sea lobo del hombre, sino su hermano. Nuestras clases dominantes han procurado siempre que los trabajadores no tengan historia, no tengan doctrina, no tengan héroes ni mártires. Cada lucha debe empezar de nuevo, separada de las luchas anteriores. La experiencia colectiva se pierde, las lecciones se olvidan. La historia aparece así como propiedad privada cuyos dueños son los dueños de todas las cosas. Esta vez es posible que se quiebre el círculo”.

Un elemento a tener en cuenta es que fue un episodio que no tuvo al peronismo en el centro de los reclamos, aun cuando muchos de los protagonistas y manifestantes lo fueran, sino que se trató de un levantamiento popular contra la dictadura militar. Como resultado del Cordobazo, el Onganiato se vio fuertemente debilitado, Krieger Vasena debió renunciar al Ministerio de Economía y se abrió un proceso de decadencia de la Revolución Argentina que, exactamente un año más tarde, recibiría su tiro de gracia: el Aramburazo.

### III

El 29 de mayo de 1970 es una fecha que partió aguas en la historia argentina. Esa mañana fue secuestrado el ex dictador Pedro Eugenio Aramburu por la agrupación Montoneros, que daba un salto a la vida pública con una espectacularidad que dejó sorprendidos y sin mucha posibilidad de reacción a todos los protagonistas del arco político en esa década que se iniciaba. Los detalles de la llamada Operación Pindapoy fueron narrados años después por Mario Firmenich y Norma Arrostito en la revista *La Causa Peronista*, publicación de “la Orga”.

El relato comenzaba con las explicaciones de por qué se había producido el secuestro. Los objetivos alcanzados fueron: “El lanzamiento público de la Organización, que se cumplió con éxito [...]; el ejercicio de la justicia revolucionaria contra el más inteligente de los cabecillas de la Libertadora [...], responsable directo de los bombardeos a la Plaza de Mayo, de las persecuciones y las torturas [...], del fusilamiento de 27 patriotas durante la represión brutal de junio del 56; [...] y culpable de un delito que a los peronistas los había herido e indignado como pocas veces se indignó este pueblo, había sido el artífice del robo y desaparición del cadáver de la compañera Evita. El pueblo lo sabía”.

Lo que sigue es el relato de cómo fue secuestrado y ajusticiado Aramburu en las voces de Firmenich y Arrostito:

MF: La planificación final la hicimos en la casa de Munro donde vivíamos Capuano Martínez y yo. Allí pintamos con aerosol la pick-up Chevrolet que iba a servir de contención. La pintamos con guantes, hacíamos todo con guantes, para no dejar impresiones digitales. No sabíamos mucho sobre el asunto pero por las dudas no dejábamos huellas ni en los vasos, y en las prácticas llegamos a limpiar munición por munición con un trapo.

NA: La casa operativa era la que alquilábamos Fernando y yo, en Bucarelli y Ballivián, Villa Urquiza. Allí teníamos un laboratorio fotográfico. La noche del 28 de mayo, Fernando lo llamó a Aramburu por teléfono, con un pretexto cualquiera. Aramburu lo trató bastante mal, le dijo que se dejara de molestar o algo así. Pero ya sabíamos que estaba en su casa. Dentro de Parque Chas dejamos estacionados esa noche los dos autos operativos: la pick-up Chevrolet y un Peugeot 404 blanco, y tres coches más que se iban a necesitar: una Renoleta 4L blanca mía, un taxi Ford Falcon que estaba a nombre de Firmenich, y una pick-up Gladiator 380, a nombre de la madre de Ramus. La mañana del 29 salimos de casa. Dos compañeros se

encargaron de llevar los coches de recambio a los puntos convenidos. La Renoleta quedó en Pampa y Figueroa Alcorta, con un compañero adentro. El taxi y la Gladiator cerca de Aeroparque, en una cortada; el taxi cerrado con llave, y un compañero dentro de la Gladiator.

En el Peugeot 404 subieron Capuano Martínez, que iba de chofer, con otro compañero, los dos de civil pero con el pelo bien cortito, y detrás, Maza con uniforme de capitán y Fernando Abal, como teniente primero.

MF: Ramus manejaba la pick-up Chevrolet y la Flaca (Norma) lo acompañaba en el asiento de adelante. Detrás iba un compañero disfrazado de cura, y yo con uniforme de cabo de la policía.

NA: Yo llevaba una peluca rubia con claritos y andaba bien vestida y un poco pintarrajeada. El Peugeot iba adelante por Santa Fe.

Dobló en Montevideo, entró en el garaje. Capuano se quedó al volante y los otros tres bajaron. Le pidieron permiso al encargado para estacionar un ratito.

Cuando vio los uniformes, dijo que sí enseguida. Salieron caminando a la calle y entraron en Montevideo 1053.

Nosotros veníamos detrás con la pick-up. En la esquina de Santa Fe bajé yo y fui caminando hasta la puerta misma del departamento. Me paré allí. Tenía una pistola.

MF: Nosotros seguimos hasta la puerta del Champagnat y estacionamos sobre la vereda. “El cura” y yo nos bajamos. Dejé la puerta abierta con la metralleta sobre el asiento, al alcance de la mano. Había otra en la caja al alcance del otro compañero. También llevábamos granadas.

Ese día no vi al cana de la esquina. Mi preocupación era qué hacer si se me aparecía, ya que era “mi superior”, tenía un grado más que yo. Pasaron dos cosas divertidas. Se arrimó un Fiat 600 y el chofer me pidió permiso para estacionar. Le dije que no. Quiso discutir: “¿Y por qué la pick-up sí?”. Le dije: “¡Circule!”. Se fueron puteando.

En eso pasó un celular, le hice la venia al chofer y el tipo me contestó con la venia.

De golpe lo increíble. Habíamos ido allí dispuestos a dejar el pellejo, pero no: era Aramburu el que salía por la puerta de Montevideo y el Gordo Maza lo llevaba con un brazo por encima del hombro, como palmeándolo, y Fernando lo tomaba del otro brazo. Caminaban apaciblemente.

### **UNA VEZ ADENTRO**

MF: Un compañero quedó en el séptimo, con la puerta del ascensor abierta, en función de apoyo.

Fernando y el Gordo subieron un piso más. Tocaron el timbre, rígidos en su apostura militar. Fernando

un poco más rígido por la “metra” que llevaba bajo el pilotín verde oliva.

Los atendió la mujer del general. No le infundieron dudas: eran oficiales del Ejército. Los invitó a pasar, les ofreció café mientras esperaban que Aramburu terminara de bañarse.

Al fin apareció sonriente, impecablemente vestido. Tomó café con ellos mientras escuchaba complacido el ofrecimiento de custodia que le hacían esos jóvenes militares. A Maza le descubrió enseguida el acento: “Usted es cordobés”. “Sí, mi general.”

Las cortesías siguieron un par de minutos mientras el café se enfriaba, y el tiempo también, y los dos muchachos agrandados se paraban y desenferraban, y la voz cortante de Fernando dijo:

—Mi general, usted viene con nosotros.

Así. Sin mayores explicaciones. A las nueve de la mañana.

¿Si se resistía? Lo matábamos. Ese era el plan, aunque no quedara ninguno de nosotros vivos.

## **AFUERA**

MF: Pero no, ahí estaba, caminando apaciblemente entre el Gordo Maza que le pasaba el brazo por el hombro, y Fernando, que lo empujaba levemente con la metra bajo el pilotín.



Seguramente no entendía nada. Debió creer que alguien se adelantaba al golpe que había planeado, porque todavía no dudaba que sus captores eran militares.

Su mujer había salido. De eso me enteré después, porque no recuerdo haberla visto.

Subieron al Peugeot y arrancaron hacia Charcas, dieron la vuelta por Rodríguez Peña hacia el Bajo, y nosotros detrás.

### **EL VIAJE**

MF: Cerca de la Facultad de Derecho detuvieron el Peugeot y trasbordaron a la camioneta nuestra. Capuano, la Flaca y otro compañero subieron adelante, Fernando y Maza con Aramburu, atrás. Allí se encontró por primera vez con “el cura” y conmigo. Debió parecerle esotérico: un cura y un policía; y el cura que en su presencia empezaba a cambiarse de ropa. Se sentó en la rueda de auxilio. No decía nada, tal vez porque no entendía nada. Le tomé la muñeca con fuerza y la sentí floja, entregada. Maza, “el cura”, la Flaca y otro compañero se bajaron en Pampa y Figueroa Alcorta, llevándose los bolsos con los uniformes y parte de los fierros. Fueron a la casa de un compañero a redactar el Comunicado N° 1. Quedaron Ramus y Capuano adelante, Aramburu, Fernando y yo atrás. Seguimos hasta el punto donde estaban los otros dos coches. Bajamos, Capuano subió al taxi, y

nosotros nos dirigimos a la otra pick-up, la Gladiator, donde había un compañero.

La Gladiator tenía un toldo y la parte de atrás estaba camuflada con fardos de pasto. Retirando un fardo, quedaba una puertita. Por allí entraron Fernando y el otro compañero con Aramburu. Adelante Ramus, que era el dueño legal de la Gladiator, y yo, siempre vestido de policía. Durante más de un mes habíamos estudiado la ruta directa a Timote, sin pasar por ningún puesto policial y por ninguna ciudad importante. Delante iba el taxi conducido por Capuano, abriendo punta. Un par de walkie-talkies aseguraba la comunicación entre él y nosotros. Otro par entre la cabina de la Gladiator y la caja.

En toda mi vida operativa no recuerdo una vía de escape más sencilla que esta. Fue un paseo. El único punto que nos preocupaba era la General Paz, pero la pasamos sin problemas: no estaba tan controlada como ahora. Salimos por Gaona, a partir de ahí empezamos a tomar caminos de tierra dentro de la ruta que habíamos diseñado. El río Luján lo cruzamos por un viejo puente de madera, entre Luján y Pilar, por donde no pasa nadie. Si la alarma se hubiera dado enseguida, creo que igual nos hubiéramos escapado, porque la ruta era perfecta. Tardamos ocho horas en hacer un camino que puede hacerse en cuatro, pero no entramos en ningún poblado ni nos detuvimos a

comer o cargar nafta. Para eso estaba el taxi, legal, que traía las provisiones.

Aramburu no habló en todo el viaje salvo cuando los compañeros tuvieron que buscar el bidón en la oscuridad. “Aquí está”, dijo.

A la una de la tarde la radio empezó a hablar del presunto secuestro. Ya estábamos a mitad de camino.

Serían las cinco y media o las seis cuando llegamos a La Celma, un casco de estancia que pertenecía a la familia de Ramus. El taxi se volvió a Buenos Aires y nosotros entramos. La primera tarea de Ramus fue distraer la atención de su capataz, el Vasco Acébal.

Esto no fue fácil porque la casa de Acébal y el casco de la estancia estaban casi pegados y Ramus tuvo que arrinconar al Vasco a un costado de la entrada hablándole de cualquier cosa, mientras Fernando y el otro compañero metían a Aramburu en la casa de los Ramus. Ese compañero estaba tan boleado que bajó con la metra en la mano. Pero Acébal no sintió nada y los únicos que aparecimos frente a él fuimos Ramus y yo, que me había cambiado el uniforme de policía.

## **EL JUICIO**

MF: Metimos a Aramburu en un dormitorio, y ahí mismo esa noche le iniciamos el juicio. Lo sentamos en una cama y Fernando le dijo:

—General Aramburu, usted está detenido por una organización revolucionaria peronista, que lo va a someter a juicio revolucionario.

Recién ahí pareció comprender. Pero lo único que dijo fue: “Bueno”.

Su actitud era serena. Si estaba nervioso, se dominaba. Fernando lo fotografió así, sentado en la cama, sin saco ni corbata, contra la pared desnuda. Pero las fotos no salieron porque se rompió el rollo en la primera vuelta.

Para el juicio se utilizó un grabador. Fue lento y fatigoso porque no queríamos presionarlo ni intimidarlo y él se atuvo a esa ventaja, demorando las respuestas a cada pregunta, contestando: “No sé”, “de eso no me acuerdo”, etcétera.

El primer cargo que le hicimos fue el fusilamiento del general Juan José Valle y los otros patriotas que se alzaron con él, el 9 de junio de 1956. Al principio pretendió negar. Dijo que cuando sucedió eso él estaba de viaje en Rosario. Le leímos sílaba a sílaba los decretos 10.363 y 10.364, firmados por él, condenando a muerte a los sublevados. Le leímos la crónica de los fusilamientos de civiles en Lanús y José León Suárez.

No tenía respuesta. Finalmente reconoció:

—Y bueno, nosotros hicimos una revolución, y cualquier revolución fusila a los contrarrevolucionarios.

Le leímos la conferencia de prensa en que el almirante Rojas acusaba al general Valle y los suyos de marxistas y de amorales. Exclamó:

—¡Pero yo no he dicho eso!

Se le preguntó si de todos modos lo compartía. Dijo que no. Se le preguntó si estaba dispuesto a firmar eso. El rostro se le aclaró quizá porque pensó que la cosa terminaba ahí. “Si era por esto, me lo hubieran pedido en mi casa”, dijo, e inmediatamente firmó una declaración en que negaba haber difamado a Valle y los revolucionarios del 56. Esa declaración se mandó a los diarios, y creo que apareció publicada en *Crónica*.

El segundo punto del juicio a Aramburu versó sobre el golpe militar que él preparaba y del que nosotros teníamos pruebas, lo negó terminantemente. Cuando le dimos datos precisos sobre su enlace con un general en actividad, dijo que era “un simple amigo”. Sobre esto, frente al grabador, fue imposible sacarle nada. Pero apenas se apagaba el grabador compartiendo con nosotros una comida o un descanso, admitía que la situación del régimen no daba para más, y que solo un gobierno de transición –para el que él se consideraba capacitado para ejercer el mando– podía salvar la situación. Su proyecto era, en definitiva, el proyecto del GAN [Gran Acuerdo Nacional], que luego impulsaría Lanusse:

la integración pacífica del peronismo a los designios de las clases dominantes.

Es posible que las fechas se me confundan, porque los que llevamos el juicio adelante fuimos tres: Fernando, el otro compañero y yo. Ramus iba y venía continuamente a Buenos Aires. De todas maneras, yo creo que el tema de Evita surgió el segundo día del juicio, el 31 de mayo. Lo acusábamos, por supuesto, de haber robado el cadáver. Se paralizó. Por medio de morisquetas y gestos bruscos se negaba a hablar, exigiendo por señas que apagáramos el grabador. Al fin, Fernando lo apagó.

—Sobre ese tema no puedo hablar —dijo Aramburu— por un problema de honor. Lo único que puedo asegurarles es que ella tiene cristiana sepultura.

Insistimos en saber qué había ocurrido con el cadáver. Dijo que no se acordaba. Después intentó negociar: él se comprometía a hacer aparecer el cadáver en el momento oportuno, bajo palabra de honor.

Insistimos. Al fin dijo:

—Tendría que hacer memoria.

—Bueno, haga memoria.

Anocheía. Lo llevamos a otra habitación. Pidió papel y lápiz. Estuvo escribiendo antes de acostarse a dormir. A la mañana siguiente, cuando se despertó, pidió ir al baño. Después encontramos algunos papelitos rotos, escritos con letra temblorosa. Volvi-

mos a la habitación del juicio. Lo interrogamos sin grabador. A los tirones contó la historia verdadera: el cadáver de Eva Perón estaba en un cementerio de Roma, con nombre falso, bajo custodia del Vaticano. La documentación vinculada con el robo del cadáver estaba en una caja de seguridad del Banco Central a nombre del coronel Cabanillas. Más que eso no podía decir, porque su honor se lo impedía.

### **SENTENCIA Y EJECUCIÓN**

Era ya la noche del 1° de junio. Le anunciamos que el Tribunal iba a deliberar. Desde ese momento no se le habló más. Lo atamos a la cama. Preguntó por qué. Le dijimos que no se preocupara. A la madrugada Fernando le comunicó la sentencia:

—General, el Tribunal lo ha sentenciado a la pena de muerte. Va a ser ejecutado en media hora.

Ensayó conmovernos. Habló de la sangre que nosotros, muchachos jóvenes, íbamos a derramar. Cuando pasó la media hora lo desamarramos, lo sentamos en la cama y le atamos las manos a la espalda. Pidió que le atáramos los cordones de los zapatos. Lo hicimos. Preguntó si se podía afeitarse. Le dijimos que no había utensilios. Lo llevamos por el pasillo interno de la casa en dirección al sótano. Pidió un confesor. Le dijimos que no podíamos traer un confesor porque las rutas estaban controladas.

—Si no pueden traer un confesor —dijo—, ¿cómo van a sacar mi cadáver?

Avanzó dos o tres pasos más. “¿Qué va a pasar con mi familia?”, preguntó. Se le dijo que no había nada contra ella, que se le entregarían sus pertenencias.

El sótano era tan viejo como la casa, tenía setenta años. Lo habíamos usado la primera vez en febrero del 69, para enterrar los fusiles expropiados en el Tiro Federal de Córdoba. La escalera se bamboleaba. Tuve que adelantarme para ayudar su descenso.

—Ah, me van a matar en el sótano —dijo. Bajamos. Le pusimos un pañuelo en la boca y lo colocamos contra la pared. El sótano era muy chico y la ejecución debía ser a pistola.

Fernando tomó sobre sí la tarea de ejecutarlo. Para él, el jefe debía asumir siempre la mayor responsabilidad. A mí me mandó arriba a golpear sobre una morsa con una llave, para disimular el ruido de los disparos.

—General —dijo Fernando—, vamos a proceder.

—Proceda —dijo Aramburu.

Fernando disparó la pistola 9 milímetros al pecho. Después hubo dos tiros de gracia con la misma arma y uno con una 45. Fernando lo tapó con una manta. Nadie se animó a destaparlo mientras cavábamos el pozo en que íbamos a enterrarlo.



Después encontramos en el bolsillo de su saco lo que había estado escribiendo la noche del 31. Empezaba con un relato de su secuestro y terminaba con una exposición de su proyecto político. Describía a sus secuestradores como jóvenes peronistas bien intencionados pero equivocados. Eso confirmaba, a su juicio, que si el país no tenía una salida institucional, el peronismo en pleno se volcaría a la lucha armada. La salida de Aramburu era una réplica exacta del GAN de Lanusse. Este manuscrito y el otro en que Aramburu negaba haber difamado a Valle fueron capturados por la policía en el allanamiento a una quinta en González Catán. El gobierno de Lanusse no los dio a publicidad.

•••

El Aramburazo cambió las reglas de juego en la política argentina. Ortega Peña y Duhalde, con el fervor de la época, habían escrito cinco años antes en su libro *El asesinato de Dorrego*: “Rosas comprendía, fundándose en la experiencia de Dorrego, que si no destruía el sistema de sus enemigos mediante la violencia, no conseguiría llevar adelante aquella política nacional. [...] Esta línea nacional, como la llamara Raúl Scalabrini Ortiz, era la línea de las clases populares, caracterizada por la resistencia triunfal de la penetración extranjera. Tendrá más tarde sus nuevos már-

tires: Juan Facundo Quiroga, Martiniano Chilavert, Jerónimo Costa, el Chacho Peñaloza, Aurelio Salazar serían las gloriosas víctimas del sistema del siglo pasado. Tras la derrota momentánea del movimiento de masas peronista a raíz de la contrarrevolución de septiembre de 1955 –que bombardeara al pueblo en sus plazas–, nuevamente los doctores de casaca negra condenarían sanguinariamente a los militantes del pueblo. El general Juan José Valle, que como Dorrego sabría aceptar con honor la injusta sentencia de la oligarquía, y Felipe Vallese, obrero peronista, serían los símbolos más notables de la larga lista de perseguidos y asesinados en nombre de una ‘revolución libertadora’ que, como la de Lavalle, tenía por único objetivo entregar nuestra Patria al vasallaje internacional. Tras el asesinato de Dorrego, crimen que la historia hecha por el pueblo no justifica ni justificará jamás, se descubre una experiencia aleccionadora en la guerra total que el pueblo ha decretado contra sus enemigos”.

Esa fascinante prosa será la mejor justificación ideológica para cerrar con el secuestro y fusilamiento de Aramburu el círculo histórico iniciado en Navarro con el fusilamiento de Dorrego. En este marco conceptual era la primera vez que la violencia de “los de abajo” se ejercía hacia “los de arriba”.

Lo cierto es que la muerte de Aramburu sacudió el tablero político. Hasta ese momento, el “Vasco” era una

figura expectante ante el descalabro de la Revolución Argentina y distintos sectores de la sociedad lo veían como una salida cuasi institucional con algún tipo de grado de acuerdo con el propio Perón. Acorralado, Onganía decretó la pena de muerte para los autores del secuestro de Aramburu, pero ya era demasiado tarde. El 8 de junio, finalmente, Onganía fue derrocado por la Junta de Comandantes.

El otrora hombre fuerte de la Revolución Argentina cayó por el secuestro de Aramburu, pero ya venía herido de muerte por el Cordobazo. Desde Madrid, Perón comprendió que el tiempo político había cambiado en el país, que a la dictadura se le habían acortado los tiempos y que era inevitable una salida política. El General ya había hablado de la radicalización de los hijos de la burguesía. Y pensaba que Montoneros había acertado en el blanco. Jorge Paladino –el moderado delegado personal del líder– se apuró a condenar el secuestro, de la misma manera que lo hizo Rucci, y fue el propio General quien mandó la instrucción de que los peronistas guardaran silencio. Y que, por sobre todo, no condenaran el secuestro y la ejecución. La estrategia de Perón siempre había consistido en juntar todo el espectro político como expresión de la pluralidad de la Argentina. Pero el Aramburazo intervino esa construcción, porque el viejo General tomó conciencia de que había algo nuevo para articular: la

juventud, que salía a la vida pública con un ímpetu que dejaba sin respuestas a las viejas estructuras del Movimiento. Montoneros renovaba las posibilidades de la vuelta del conductor. Porque mientras el sindicalismo se debatía entre el colaboracionismo vandonista y la ruptura, y el aparato partidario comenzaba a deshacerse en pequeños partidos provinciales o conformarse con construir una liga de gobernadores, Montoneros empezaba a hacer eje de su actividad en la consigna “Perón Vuelve”.

No era una posibilidad, estaba escrito como una certeza. Era la fuerza y la esperanza de jóvenes que solo pudieron ver la violencia del 55, la represión y la proscripción del peronismo, y comprendían que no había camino para la integración. Eran hijos del cristianismo revolucionario y el revisionismo histórico, sobrinos de la Revolución Cubana, y añoraban una Argentina peronista que solo habían conocido en la evocación de sus mayores. Pertenecían a la generación del 66, es decir, los que arribaron a la juventud el año en el que las imposibilidades del pueblo peronista quedaron manifiestas y las salidas institucionales mostraron sus limitaciones.

El nuevo mapa que se le abría a Perón le planteaba un desafío: por un lado, el secuestro de Aramburu mostraba lo endeble que era la estructura de poder de la oligarquía y de la dictadura militar. Un segundo dato a tener en cuenta era la masiva adhesión popu-

lar que despertó el hecho en sectores ultraperonistas, pero también en nuevos actores políticos ligados al clima insurreccional. Perón, entonces, debía reequilibrar las fuerzas: si bien seguiría construyendo política a través del armado de Paladino en La Hora del Pueblo –expresión multipartidaria que buscaba una salida democrática a la dictadura–, también apuntalaría esa rebeldía juvenil que se constituirá en parte central del dispositivo de desgaste del régimen.

Pese a anotar ese cambio de época, Perón no tomó contactos con Montoneros hasta la carta escrita unos meses después, en febrero de 1971, dirigida a los “Compañeros Montoneros”, donde decía: “Estoy completamente de acuerdo y encomio todo lo actuado, nada puede ser más falso que la afirmación de que con ello ustedes estropearon mis planes tácticos porque nada puede haber en la conducción peronista que pudiera ser interferido por una acción deseada por todos los peronistas. Me hago un deber en manifestarles que si eso ha sido dicho, no puede haber sido sino con mala intención”.

En el apartado cuarto, Perón desplegó parte de su táctica a futuro: “Sobre la opción electoral, yo tampoco creo. Hemos visto ya demasiado para creer en semejante patraña. Por eso comparto totalmente sus afirmaciones anotadas en la comunicación que comento. Sin embargo, como en la lucha integral en que debe-

mos empeñarnos, no se puede despreciar la oportunidad de forzar también este factor a fin de hostigar permanentemente desde las organizaciones de superficie que, frente a la opinión pública tienen también su importancia y concurren también a la lucha en actividades nada despreciables, especialmente en la situación que vive la República. Esta lucha también concurre a la guerra revolucionaria para que, como digo en la apreciación, cada uno pelee en la forma que es capaz de hacerlo. Si ustedes leen la apreciación, resolución y consideraciones, podrán percatarse que, en el fondo, estamos totalmente de acuerdo, como no podría ser de otra manera. Por eso nuestro Movimiento tiene una estructura orgánica que corresponde de una manera general a esas necesidades: una organización de superficie que, a través del Partido Peronista masculino y femenino, como de la rama sindical, realiza la lucha también en superficie, mediante las acciones que es posible realizar. En ello es preciso realizar un plan de provocación, otro de intimidación, otro de boicot y finalmente otro de sabotaje. En estos planes intervienen todos los elementos de las organizaciones de superficie, como los grupos activistas empeñados en la guerra revolucionaria. Como les explicará el compañero, mientras las organizaciones de superficie obedecen a una conducción centralizada, con las necesarias autonomías en las delegaciones provinciales, las orga-

nizaciones que se encargan de la guerra revolucionaria tienen absoluta independencia en su conducción y coordinada más que nada por los objetivos. Es natural que todo puede salir mejor si existe por lo menos una coordinación en beneficio de una unidad de acción que toda lucha necesita”.

Por último, Perón, quien utilizó en varias ocasiones el significativo término de “guerra revolucionaria”, expresó: “Totalmente de acuerdo en cuanto afirman sobre la guerra revolucionaria. Es el concepto cabal de tal actividad beligerante. Organizarse para ello y lanzar operaciones para ‘pegar cuando duele y donde duele’ es la regla. Donde la fuerza represiva esté, nada; donde no esté esa fuerza, todo. Pegar y desaparecer es la regla por la que se busca no una decisión, sino un desgaste progresivo de la fuerza enemiga. En este caso la descomposición de las fuerzas de que pueda disponer la dictadura por todos los medios; a veces por la intimidación que es arma poderosa en nuestro caso, otras por la infiltración y el trabajo de captación, otras por la actuación directa según los casos pero, por sobre todas las cosas, han de comprender los que realizan la guerra revolucionaria que en esa guerra todo es lícito si la finalidad es conveniente”.

No cabían dudas, Perón daba su explícito apoyo al accionar de Montoneros y, de esa manera, era consciente: jaqueaba a la dictadura militar.

## ÍNDICE

El otro 17	9
“El regreso es la victoria histórica del Peronismo”	107
Quién era quién	145
Los días de Gaspar Campos	203
El camino al 25	219